

Es verdad que le digo á usted esto por hablar, pues yo no he visto nada; no me ocupo de esas miserias, ni de las voces que corren; fuera de la tienda, de mis encajes, de mis vestidos y de mis modas, no me mezelo en nada.

Pero me han conmovido algunas palabras de personas que demostraban interés por la linda Germana, y he creído deber mío dar á usted un buen consejo, puesto que le tengo amistad, nada más que amistad, sencillamente amistad.

Esta palabra la repitió cuatro veces.

¡Pobre hombre!

Y sobre el mismo tema continuó hablando durante tres cuartos de hora.

La muchacha le escuchaba con los ojos fijos en la alfombra.

No sabía por qué, pero no se encontraba á gusto; había en el tono del señor Perrolet cierta amargura mal disimulada, y á veces un acento como de ternura que sobresalía sobre la brusquedad de sus frases.

Hacía ya un momento que no hablaba, y la joven creía oírle todavía.

Se había marchado y la joven continuaba pensativa en el mismo sitio.

De su meditación la sacó un empleado que venía escoltando á un señor y á una señora, muy elegantes los dos; y como viese ocupadas á todas las modistas, gritó:

—¡Sombreros, señoritas!

## V

## INVASIÓN EN EL APRISCO

GERMANA era la única que estaba libre. Se acercó á sus clientes, y se encontró frente á una señora morena, de una hermosura ideal.

Era el tipo verdadero, característico, y la más perfecta encarnación de la belleza italiana. Grandes ojos negros, llenos de luz, rasgados como los de los orientales, labios encarnados como el corazón de una granada, el pelo negro brillante, el color moreno, y el cutis aterciopelado.

La dama era alta, gentil, elegante, y se hallaba en el apogeo de su hermosura.

Germana, á pesar de la costumbre que tenía de ver y tratar á la multitud de gentes de todas clases y condiciones, de todos rangos y de todos caracteres, que á diario invadía los almacenes del señor Perrolet, se sintió azorada en presencia de aquella mujer.

La desconocida tenía un aire de altanería insostenible en sus modales, en su mirada y en su gesto.

Si indicaba algo con el dedo, parecía que os aplastaba; dando una ligera entonación á la palabra más correcta, os humillaba; con un gesto imperceptible, os tenía á distancia.

El joven que iba acompañándola contribuía á hacer perder la serenidad á la modista por la

pertinaz insistencia con que clavaba en ella su vista.

Sentado en el diván de donde Germana se había levantado, con los ojos medio cerrados y protegidos por los lentes, la miraba simulando una gran curiosidad, admirando sus pies pequeños, que salían debajo de la falda negra, su pelo rubio ceniciento, que le caía rizado sobre la frente. No hubiera reparado más un tronco que pensase comprar en casa de cualquier tratante de caballos de los Campos Eliseos.

Evidentemente la muchacha había producido una gran impresión en el visitante, que debía de ser un *amateur* del bello sexo.

—¿La señora desea un sombrero?—preguntó Germana.

—Sí, ó mejor, no—dijo la señora con acento italiano muy marcado.—Deseo ver los de la casa; mi sombrerera es Fanny Claude; ya sabe usted quién es Fanny Claude, la modista de la calle de la Paix.

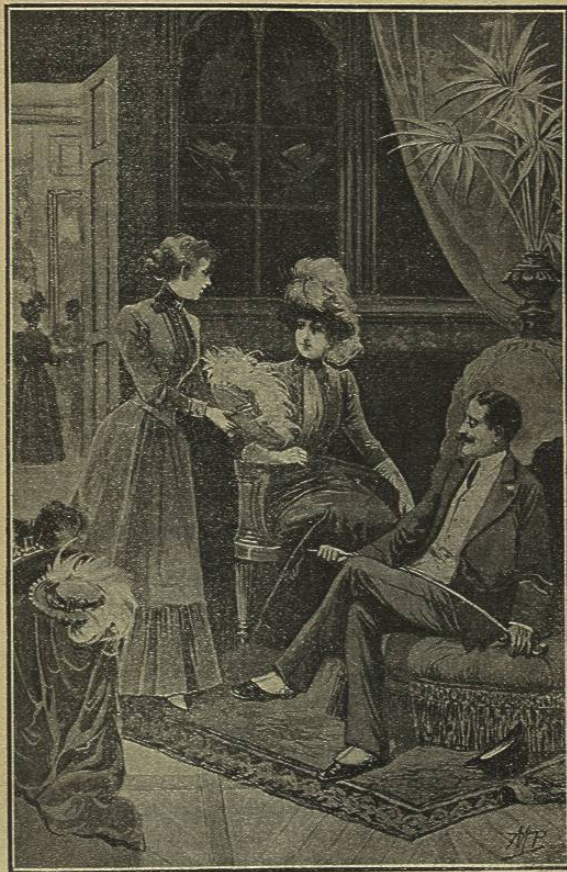
Una verdadera artista, ¡con un arte y un estilo! Mis amigas, la marquesa de Raiville, la duquesa de Arcos y otras muchas, me han alabado los de aquí; están verdaderamente entusiasmadas; pero yo soy muy incrédula, y he querido verlos; enséñeme lo que tenga.

Ante el deber, la muchacha se repuso de su azoramiento.

Escogió rápidamente los modelos más bonitos y se los llevó á la encopetada cliente.

Pero no obtuvo éxito.

—Horrorosos, verdaderamente horribles—dijo la señora, rechazándolos con un gesto de desprecio.—Quite usted eso de ahí. ¡Son horribles!



—¿La señora desea un sombrero?—preguntó Germana.

Por fin se dignó humanizarse, vencida por la paciencia de la segunda de las modas.

—Mira, Fernando—dijo,—¡qué bien, qué bien le sienta este sombrero á la señorita! Éste es perfecto. ¿No te parece? No lo hay más bonito en casa de Fanny.

Germana sonrió, y con razón.

Fanny Claude, la gran artista como decía la señora morena, era una de las tributarias del señor Bouret; había ofrecido sus servicios á la casa y trabajaba mucho más para el Bazar que para las señoras aristócratas.

El sombrero tan elogiado era uno de sus modelos.

—Hay gran parte de prejuicio en todas las cosas, señora—dijo dulcemente Germana.—La etiqueta es á veces más buscada que el mismo objeto que la tiene; sin embargo, nosotros no la contamos al hacer la factura.

El caballero á quien la señora había llamado Fernando, se acercó con indolencia.

Á decir verdad, miraba mucho más á la vendedora que al sombrero.

—Di, Fernando—repitió la señora.

—Yo, querida mía, los encuentro adorables cuando se los prueba esta señorita. En una cabeza tan bonita, no puede resultar feo ninguno. Mira á Enriqueta—esta Enriqueta era la marquesa de Raiville:—nunca los compra en otra parte. La señorita tiene razón, hay mucho de prejuicio; es menester que los sombreros lleven la etiqueta de Tuvéé, Virot ó Fanny Claude; fuera de esos modistos no hay salvación; quiero decir, no hay sombreros bonitos; yo, en tu lugar, me haría cliente de la señorita.

Y se volvió de nuevo al diván á continuar su observación.

Hacía un gran contraste con su mujer, pues era á su mujer á quien acompañaba.

Era esbelto, fino y rubio; sus ojos de un azul de mayólica, tenían una dulzura inexplicable, con cierta mezcla de ironía; su pelo de color indeciso, castaño claro, le encuadraba el rostro, que tenía el sello de la verdadera nobleza; sumamente distinguido, parecía un escéptico, como quieren parecerlo todos los jóvenes del siglo; se adivinaba en él algo como cansancio; sus músculos parecían distendidos quizás por arrastrar una vida ociosa, entregada al juego, á la mesa, etc.; en una palabra, era interesante, seducía, su misma palidez atraía, sus manos eran maravillosas.

Llevaba desnuda la derecha, con la que empuñaba el guante de color gris, y un delgado junquillo con puño de amatista.

Vestía de azul; el traje era de un paño muy ligero: en la *boutonniere* lucía una roseta microscópica.

La señora llevaba un traje de mañana, de lana y seda, verdadera obra de arte del modisto.

Cubría su cabeza un sombrero Rembrandt que contorneaba una pluma de avestruz.

El cuerpo del vestido tenía la forma de un figaro, con cuello de terciopelo obscuro, y parecía dibujado por Grevin sobre el busto de la dama.

El marido debía tener unos treinta años; ella, veinticinco á veintisiete.

Realmente formaban una pareja soberbia, pero de desigual salud: debilidad elegante por un lado; vida exuberante y espléndida por el otro.

Germana había oído con una paciencia inalterable las críticas de aquella cliente indecisa y difícil de contentar.

—Quisiera un sombrero...

—Extravagante—silbó el marido.

—Un sombrero...

—¿Como éste, señora?—dijo Germana.

—No; como uno que no exista—dijo el marido en voz baja.

—Si te aburres aquí, nada te obliga á esperarme.

—No, no me aburro—contestó dirigiendo una mirada á Germana, que lo comprendió y volvió la cabeza.

La pobre muchacha estaba en cuerpo y alma en su negocio.

Quería vender sombreros á tan altiva señora.

Su amor propio de comerciante estaba interesado, y lo consiguió, pero á costa de bastante tiempo.

Al cabo de una hora, la hermosa morena se marchaba del salón.

Había comprado dos sombreros, más caro uno que el otro.

Lo mejor que había en el fondo de los armarios, lo último de los caprichos de la moda, creaciones verdaderamente encantadoras.

Se marcharon, con gran pesar del marido.

—¡Ya!—dijo.—¿Tan pronto los has elegido?

Hubiese querido que se llevase toda la tienda, con tal de poder estar allí más tiempo.

Cuando Germana preguntó á la caja, desde donde Josselin había seguido todas las maniobras de aquel galante comprador, las señas de la cliente para enviarle los sombreros, el caballero, con la

indolencia natural en él, cogió una tarjeta que sacó de una cartera de piel de Rusia, con cantoneras de oro, y se la dió acompañada de una sonrisa.

En la tarjeta se leía:

*DUQUE DE ROCHEBONNE*

Y más abajo:

*Boulevard San Germán.*

El señor Perrolet había imitado á Josselin; no había perdido de vista los manejos del duque.

Se acercó á Germana.

—Otro admirador—le dijo.

Pero ella no se dió por entendida.

—Una venta difícil, señor Perrolet. ¡Esta señora tiene un carácter tan seco! En fin, ya está hecho.

—Felicito á usted, hija mía; he visto cómo ha trabajado usted. ¿Qué somos nosotros? Comerciantes. ¿Cuál es nuestro objeto? Vender. No se cazan moscas con vinagre; es menester que el cliente quede satisfecho y haga su compra; todo consiste en eso. ¿Cuántos sombreros?

—Dos.

—¿Total?

—Doscientos sesenta francos.

—Mi enhorabuena.

—Es una señora que nos honrará como cliente.

—¿Su nombre?

—La duquesa de Rochebonne.

—Mi vecina; vivo al lado de su hotel; una italiana; la hija de la princesa Trani. El duque se

ha casado con ella por su hermosura, pues no tiene un cuarto. Él es inmensamente rico, pero en cambio goza de poca salud; ha tenido una juventud muy borrascosa; pero esto no nos importa; y además, puede ser que no sea verdad lo que cuentan. Vaya usted á almorzar, hija mía.

La joven se alejó rápidamente.

El señor Perrolet le siguió con la vista mientras ella subía las escaleras que conducen al último piso donde están los comedores.

—Tenía razón ese señor de Rochebonne al mirarla — pensaba. — Es mucho más guapa que la duquesa, que tiene en toda Europa fama de ello.

Para Perrolet, todas las reputaciones tenían que ser europeas. La del Bazar de San Germán era universal.

—Germana es más guapa porque es rubia. ¡Y pensar que esa chiquilla se resigna á ser toda la vida una vendedora en una tienda de novedades, mientras que otras, feas hasta asustar, tienen hoteles, alhajas, caballos, coches y llevan una vida alegre y divertida! Se condena á madrugar, á acostarse tarde, á trabajar continuamente, cuando no faltarían duques como ése, ó rentistas, que estarían dispuestos á colocarla en el sitio que la corresponde y á asegurarla un buen porvenir. ¡Nunca se queja! ¡Siempre dispuesta para todo, siempre de buen humor!

Las reflexiones del patrón de Germana fueron interrumpidas por una campanada.

Era la llamada para la comida de los jefes; se dirigió muy despacio hacia el confortable comedor, donde el sanhedrín de los notables podía hablar de los negocios entre plato y plato.

En el momento en que llegaba al umbral, lo

invadió una bandada de jóvenes que iban en sentido contrario.

Un muchacho alto, el que hemos visto en las Tullerías, pasó al lado del señor Perrolet y le tropezó involuntariamente. Por primera vez, desde que había entrado en la casa, el patrón tuvo un movimiento de mal humor, que procedía de causa distinta del servicio ó de los modales de los empleados.

—¡Tenga usted cuidado! — dijo con dureza. Pero el cajero estaba ya lejos.

---

## VI

### UN HOGAR REGIO

**R**ECLINADOS en la victoria que los conducía, volvían á su hotel los duques, por el camino de los colegiales, con objeto de prolongar el paseo: la duquesa, mirando á los ojos á su marido, le interpeló diciendo:

—Fernando, has mirado mucho á la muchacha que me enseñaba los sombreros.

—No lo niego.

—Por lo menos, eres franco.

—¿Por qué no serlo? Es una muchacha de lo más perfecto que he visto en su tipo.

—Según tu opinión.

—Completamente sincera.

—Pues si tanto te gustan las rubias, ¿por qué te has casado conmigo?